

CLAVES DE LA MISIÓN (*AD GENTES*) PARA NUESTRO MOMENTO ACTUAL. EN TORNO A FRANCISCO JAVIER¹

MIGUEL ÁNGEL ARAGÓN MORENO
IEME

RESUMEN

En la celebración del V centenario de san Francisco Javier, patrón de las misiones y del IEME, el autor nos propone una reflexión a partir de la experiencia de Francisco Javier. En primer lugar, ¿qué acciones y actitudes hemos de tener en la actividad pastoral misionera? En segundo lugar, la misión eclesial nos plantea cuestiones directas como: ¿hasta qué punto nuestra pastoral es una pastoral misionera? ¿Verdaderamente estamos “realizados” con lo que llevamos entre manos? Si Cristo y su mensaje es mi vida, ¿con qué entusiasmo intento ser transmisor de los valores del Evangelio a mi alrededor?

Palabras clave: San Francisco Javier, IEME, Misión, Pastoral.

SUMMARY

Celebrating the fifth centenary of the death of Francisco Javier, patron saint of missions and the IEME, the author proposes that we reflect on Francisco Javier's experience. Firstly, we have to ask ourselves what actions and attitudes we should show towards pastoral, missionary activity. Secondly, the ecclesiastical mission raises some direct questions; to what extent is our pastoral function that of a missionary one? Are we really fulfilled with what we do? If Jesus Christ and his message is my life, how enthusiastically am I trying to communicate the principles of the Gospel to all the people around me?

Key words: St. Francisco Javier, IEME, Mission, Pastoral activity

¹ *Lección Inaugural* de la Apertura de curso 2005-2006 del Instituto Teológico “San Pedro de Alcántara” de Cáceres del Seminario Diocesano de Cáceres, el 3 de octubre de 2006.

En primer lugar mi agradecimiento por invitarme a este encuentro que marca oficialmente la inauguración del curso en el Seminario y en esta Diócesis de Coria-Cáceres. Es una oportunidad para pedirle al Señor que aumente la fe y el espíritu misionero en todos los miembros esta Iglesia local.

El tema sobre el que vamos a reflexionar hoy, propuesto por la Diócesis a través conjuntamente del Delegado de Misiones y del Rector del Seminario Mayor es: “Claves de la misión (*ad Gentes*) para nuestro momento actual”. Teniendo de fondo la figura de S. Francisco Javier, en vísperas del V centenario de su nacimiento, que se cumplirá el 7 de abril de 2006 (Era el Martes Santo del año 1506).

Por añadir algo a mi presentación, diré que soy *sacerdote diocesano* de Cuenca. De mis 19 años ordenado presbítero, 13 los he empleado en caminar con el pueblo japonés. Pertenezco al IEME, (grupo de sacerdotes diocesanos españoles que se asocian entre sí para dedicarse a la actividad misionera de la Iglesia). Hemos cumplido este año 85 años de existencia. Nuestra aventura se ponía en marcha precisamente el 3 de diciembre de 1920, festividad de San Francisco Javier, patrono de las misiones, a quien tenemos también nosotros como patrón.

En la actualidad en el IEME somos 182 misioneros, pertenecientes a 47 diócesis españolas, de los cuales 15 estamos trabajando en Japón, tierra misionada por Francisco Javier.

Al leer las 137 cartas y documentos que Javier escribió desde que llegó a Asia, nos damos cuenta de que el Asia de su tiempo no es el Asia de hoy. Por ejemplo, el Japón de los daimyos, de los señores feudales, de los samurais que él encontró, ya no existe hoy. Además al tiempo de su partida él conocía poco de Asia, no había información, ni libros, ni radio ni televisión. Conocía bien poco de esos pueblos, de las culturas y religiones milenarias con las que se iba a encontrar. Pero se lanzó a la aventura con gran celo por la propagación de la fe, recorriendo distancias inmensas, entre miles de dificultades culturales y lingüísticas, abriendo nuevas vías a la evangelización de los pueblos.

Este solo hecho nos invita a nosotros cristianos del S.XXI, que como Javier, también respondimos positivamente un día a esa pregunta de Jesús: “¿*De qué te sirve ganar todo el mundo si al final pierdes tu alma?*”, y empezamos la tarea de hacer presente en el mundo el Reino de Dios, a hacer una rápida revisión. Nosotros tenemos más conocimientos, tenemos la oportunidad de participar en cursos de preparación misionera antes de partir (condición casi imprescindible hoy en día)... pero no sé si podemos atrevernos o podemos decir que conocemos realmente el misterioso Asia; y si nos mueve esa urgencia evangelizadora que nos lleva a preocuparnos por ir al encuentro de los hombres, nuestros hermanos, los de dentro de la Iglesia y también los que están fuera, aunque no entren nunca. De hecho, la primera experiencia de encuentro con una nueva cultura siempre lleva consigo un

shock cultural. Llegamos con deseos de aprender y de entrar en verdadero diálogo en continuación de la misión de Cristo, pero nos cuesta despojarnos de nuestros viejos esquemas. Somos hijos de nuestro tiempo y es obvio que estamos marcados por nuestra cultura, por nuestros esquemas de pensamiento, por nuestros métodos...

Francisco Javier pertenece a una época en que el método misionero que domina se verbaliza en “enseñar, bautizar, salvar...”, “conquistar almas para Cristo”. Ello incluía la idea de que fuera de la Iglesia no hay salvación. La Evangelización era necesaria porque sin el bautismo no había salvación. Y llevaba consigo la descalificación global de las religiones que se van encontrando en su camino. En la mentalidad de esa época apenas tiene cabida la idea del Vaticano II, de la presencia de semillas que el Espíritu de Dios haya podido sembrar en esas religiones y en tantos pueblos. Esa visión es la que se refleja en multitud de pasajes de sus cartas. El P. Peter-Hans Kolvenbach, prefecto general de los Jesuitas, en el artículo “Francis Xavier and the Asian Jesuits”, evocando la figura de Javier escribe: que “*por su total dedicación, Javier es un modelo, pero no por la motivación que hay detrás. En este punto Javier presenta la imagen inversa de lo que queremos ser hoy en Asia: no destructores de altares sino integradores de los valores nativos en la Buena Nueva*”.

En realidad, el diálogo con personas de otras culturas y con fieles de otras religiones nos pone frente al problema de la salvación. Pero si nos paramos a pensar seriamente ¿cómo vamos a decirles a personas con una tradición religiosa ancestral que el único camino de salvación es la Iglesia, nuestra Iglesia, sin parecer proselitistas? Nadie creo que se imagine a la Madre Teresa de Calcuta acogiendo sólo a los cristianos que sufren, sino que acogía a todo hombre que sufre, sin preguntarle qué religión profesa. La solución se encuentra en una escucha humilde de lo que nos dice el Espíritu sobre la misión de Cristo y la salvación del género humano. *Gaudium et Spes*, 22 nos dice: “*el Espíritu Santo ofrece a todos, en la forma que solo Dios conoce, la posibilidad de que se asocien al misterio pascual*”. El Concilio Vaticano II y todos los documentos de la Iglesia al respecto, nos dicen claramente que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de la salvación.

Así y todo —es una apreciación personal—, pero creo que lo decimos teóricamente. En la práctica estamos deseando de que vengan a nosotros. “Que vengan...” Y necesitamos adoptar una postura de diálogo auténtico, no de diálogo estratégico.

En la forma de trabajar de Javier encontramos rasgos evangélicos y creativos que rompen las formas tradicionales de su época y que pueden inspirarnos a nosotros hoy en nuestra búsqueda de un estilo de misión, adecuada para nuestro tiempo. Encontramos en sus cartas un cambio progresivo. Si ante las religiones que encuentra en la India y en Indonesia se muestra agresivo, cuando se encuentra

con las religiones del Japón muestra gran interés en escuchar, en aprender y entender bien la vida y las doctrinas de los bonzos budistas. Aunque no le falta el espíritu crítico hacia los que se predicán a sí mismos. Por ejemplo: En carta del 29 de enero de 1552 escribe: *“Estos bonzos predicán al pueblo de sí mismos que son santos, porque guardan los 5 mandamientos (= no matar, no hurtar, no fornicar, no mentir y no beber vino); y más predicán, que los pobres no tienen ningún remedio, para salir del infierno, por cuanto no tienen limosna para dar a los bonzos. Predicán que las personas que a los bonzos en esta vida dieran mucho dinero, que allá en el otro mundo por uno les darán diez, y en la misma moneda de dinero. Ellos nunca hacen limosna, mas quieren que todos se las hagan a ellos. Tienen modos y maneras para sacar dinero de las gentes, los cuales dejo de escribir, por evitar prolijidad”*.

Quizá este es también uno de nuestros grandes pecados. No nos falta de nada. No somos pobres ni siquiera nos queremos hacer pobres por el Reino. Nunca como ahora hemos tenido las iglesias tan llenas de cosas, de ordenadores, de programaciones... pero al mismo tan vacías de gente, entre otras cosas porque no damos credibilidad, no somos pobres ni desprendidos y nos mostramos muchas veces como Iglesia poderosa y autoritaria. No nos vaya a pasar lo que Javier comentaba acerca de los bonzos de su tiempo. Lo exclusivamente utilitario y material no es testimonio.

Todo el afán de Francisco Javier es proclamar a Cristo, pero sabe hacerlo también, desde el silencio y desde la impotencia. *“Agora... nosotros por no entender la lengua, nos callamos; y agora nos cumple ser como niños...”* Sabe aceptar los fracasos que experimenta en su apostolado. Sobre Kagoshima, donde primero desembarcó Javier en Japón, tierra natal de Paulo, uno de los tres primeros conversos nipones que encontró ya en Malaca y que fue intérprete de Javier, cuenta: *“se hicieron cerca de cien cristianos...y enseguida los bonzos dijeron al señor de la tierra que si él consintiese que sus vasallos tomasen la ley de Dios, que se perdería la tierra, y quedarían sus pagodas destruidas... Que mandase que, so pena de muerte, ninguno se hiciese cristiano; y así lo mandó el señor... Visto que el señor de la tierra no era contento nos fuimos para otra tierra, Hirado, y después Yamaguchi, aquí: “unos mostraban contentamiento en oír la Palabra de Dios, otros hacían burla de ella... por las calles, los niños y otra gente nos perseguía, haciendo escarnio de nosotros, diciendo: “Estos son los que dicen que hemos de adorar a Dios para salvarnos, y que ningún otro nos puede salvar”. “Determinamos, visto el poco fruto que se hacía, de ir a la ciudad más principal de todo Japón para hablar con el rey, para pedirle licencia para en su reino predicar la ley de Dios. Pasamos muchos peligros en el camino al final no pudimos hablar con él. Hallamos que la tierra no estaba en disposición”. De regreso a Yamaguchi, “comenzaron a hacerse algunos cristianos; y los primeros que se hicieron, fueron*

aquellos que (al principio) más enemigos nuestros se mostraron". (Cochín 29 de enero de 1552).

Todo este itinerario de la misión de Javier, nos muestra actitudes a tener también nosotros en cuenta en nuestra Pastoral. *La confianza y la perseverancia* a pesar del sentimiento de impotencia, del silencio, de la incompreensión, de la persecución... Dificultades que experimentamos nosotros también hoy y valores de perseverancia y de confianza, que son siempre aplicables a nuestra situación.

Otro rasgo en el estilo misionero de Javier es su esfuerzo por entrar en contacto personal con la gente, el encuentro de corazón a corazón, su interés en hablar y hacerse entender en su lengua. Su empeño de "inculturación", cuando esta palabra todavía no existía. Ve la necesidad de que el mensaje evangélico llegue a la gente en su propia lengua, y para ello, tiene buen cuidado en escoger los mejores intérpretes.

Da importancia también a priorizar por encima de *todo el amor compasivo a los más pequeños, el servicio a los enfermos y a los pobres*. Se posiciona a su favor, con ellos disfruta, se le cansan los brazos de bautizarlos, en su defensa levanta la voz denunciando abusos e injusticias y defendiendo sus derechos. Este aspecto de Javier es válido también para hoy: debemos amar a los pobres, proclamar la justicia y denunciar las injusticias, porque "*si el cristiano no sirve a los pobres el Evangelio no es proclamado*". Este es uno de los aspectos que está dando hoy día más credibilidad a la presencia de la Iglesia católica en Japón –todavía vista como extranjera–, y en el mundo.

Pero Javier nos enseña a no separar nuestro compromiso con los pobres de su fuente original: *la fe en Jesús*. Todo su incansable celo misionero, su compromiso con los pobres, su valentía y coraje, los remite a una fuente: su amor a Cristo, su voluntad de seguirle, su confianza en Dios.

Necesitamos la fe y el coraje de Javier para continuar la tarea de construcción del Reino, junto con personas procedentes de otras tradiciones, en un diálogo de vida y de respeto. Tenemos una fuerte tendencia a poner montones de pretextos para no hacer nada. Escuchamos enseguida: "*No somos capaces, no tenemos gente, es difícil aprender otro idioma... a un país tan lejano no voy ni en sueños... no sé qué hacer con los inmigrantes que han llegado a mi barrio, no entiendo a los jóvenes...*" Es la excusa bíblica: "*Mira que no sé hablar, que soy un niño*". Y el Señor responde: "*no digas que eres un muchacho: que a donde yo te envíe, irás; lo que yo te mande, lo dirás. No les tengas miedo, que yo estoy contigo... yo te envío para arrancar y destruir... para edificar y plantar*". (Jr 1, 4-10).

La figura de Francisco Javier en este V Centenario de su nacimiento, puede ser una invitación, *en primer lugar*, para no olvidarnos de mirar a Asia. El Continente más poblado del mundo. De los 6.000 millones de habitantes del mundo el

60% vive en Asia. Y a pesar de haber nacido Cristo en Asia, es el Continente que menos conoce a Cristo y que menos conoce su mensaje. Asia nos puede aportar mucho más de lo que pensamos. Su colorido, su diversidad, su sonrisa nos aporta alegría. Podemos aprender de su espíritu de transcendencia, de su experiencia religiosa milenaria, de su experiencia de diálogo con los pobres, con las culturas y con las religiones... Y nuestros Obispos, presbiterios y comunidades podrían ser más generosos a la hora de compartir con otras Iglesias, desde nuestras pobreza, no tanto lo que nos sobra, sino también de lo que consideramos necesario para nuestras propias diócesis, a nivel material y en especial de personal.

Y en segundo lugar, la figura de Javier, es invitación también para mirarnos a nosotros mismos, a nuestra diócesis, y a nuestros métodos pastorales. Y preguntarnos y reflexionar ¿hasta qué punto nuestra pastoral es una pastoral misionera? ¿Verdaderamente estamos “realizados” con lo que llevamos entre manos? Si Cristo y su mensaje es mi vida, ¿con qué entusiasmo intento ser transmisor de los valores del Evangelio a mi alrededor?

Constatamos la realidad de que nuestra actividad pastoral está dirigida fundamentalmente hacia el interior, a los ya bautizados. Es lo que ocupa la mayor parte de nuestras energías y los medios que empleamos. La toma de conciencia está cambiando algo, debido a la presencia creciente de inmigrantes entre nosotros, pero lo que está por ver es si nuestra actitud como cristianos cambia de forma tal que seamos misioneros en nuestra vida de cada día: en la familia, en el trabajo, en la calle, en los colegios, en el deporte... Los sacerdotes y religiosos y también los laicos, nos dedicamos primordialmente a las comunidades ya cristianas... apenas tenemos contacto con los no cristianos. Es una constatación. Al menos, ¿no podríamos aprovechar todo ese potencial del laicado y enviarlos con plenas potestades para que sean misioneros en medio de nuestra sociedad? Contamos con un laicado adulto. En lo que se refiere al tema económico, casi todas las entradas financieras de nuestras comunidades cristianas van destinadas a nuestro propio beneficio, a nuestro propio mantenimiento, a nuestros proyectos cristianos con los pobres, a nuestros proyectos misioneros... Por poner un ejemplo, ¿se nos ocurriría apoyar un proyecto budista o la construcción de una mezquita?...

No es nada nuevo pero me parece oportuno insistir en que en nuestros barrios, en nuestras parroquias es necesaria una nueva evangelización, pero también una primera evangelización. Tenemos que seguir trabajando con ilusión involucrando a todos nuestros cristianos, a todos los que vienen a nuestras Eucaristías, formarlos, alimentarlos y enviarlos, para que con espíritu de diálogo y de respeto, sean testigos del Evangelio en la sociedad actual, no solo con palabras sino con obras. En carta del 5-11-1549 Javier escribe que las obras son mejor testimonio que las palabras. “Los misioneros dan testimonio mejor con su vida y con su trabajo que con sus palabras”. El cuerpo es único, pero dispone de muchos miembros, cada uno

con una misión que cumplir para beneficio de todos (1^aCo 12, 4-9). Y hacerlo sin angustiarnos por los frutos, por los números, sino porque la esencia de la Iglesia está ahí. Existimos porque existe una Misión que se nos ha confiado.

La Misión es salir de uno mismo con alegría. Hablando el lenguaje de hoy. A los niños hablarles en su lenguaje, caminar y divertirse con los jóvenes y transmitirles los valores del Evangelio también en lenguaje juvenil, con los adultos ser adultos... El “*Hacerse todo a todos*” de S. Pablo para que algunos se sientan tocados por el amor de Dios. Para que otros tengan mejor vida.

La experiencia de otras Iglesias nos puede ayudar... El encuentro con las culturas de tantos hermanos nuestros cristianos, que están llegando de países evangelizados por nuestros misioneros. ¿Dónde hemos dejado el espíritu de hospitalidad, de acogida, de apoyo, al inmigrante, al refugiado, al maltratado en el camino de la vida?... Trabajar por su integración no solo en esta sociedad, realidad nueva para ellos, sino por su integración dentro de la Iglesia. Muchos de estos fieles han sido catequistas, ministros de la Palabra o de la Eucaristía en sus comunidades de procedencia. ¿Por qué no aprovechamos esta fuerza evangelizadora? ¿Qué miedo tenemos a formarlos y a que ejerzan ministerios en nuestras liturgias y en nuestros planes pastorales, por qué tememos invitarlos a formar parte de nuestros consejos parroquiales, miembros activos de toda la vida de la Comunidad...?

Concluyendo. ¿Qué nos aporta la figura de Francisco Javier?

La personalidad de Francisco Javier, su bravura, su ardor y entrega a la misión son estímulos permanentes para que nosotros vivamos en *fidelidad a la vocación* a la que Dios nos llama a cada uno. Su coraje nos anima a nosotros también a ser *testigos del Evangelio* en este tiempo en el que tenemos que superar y asumir, no en tierra extraña sino en nuestra propia tierra, tantas dificultades y rechazos. Nos transmite *entusiasmo*, agiliza nuestro ingenio para ir abriendo caminos con iniciativas nuevas.

Es ejemplo en su *caminata con los pobres*. Es también ejemplo en su *confianza incondicional en Dios, en su fe* viva en el Señor de la Cruz, en su *valentía* y *coraje* para dar a conocer su mensaje.

Es ejemplo también en su *espíritu de oración*. La acción misionera requiere la oración, el sacrificio, el amor preferencial por los que sufren...

Sin desanimarnos por los fracasos. No hemos entregado nuestra vida esperando privilegios... La aparente frustración de la cruz... fue redención. Creo que es bueno incluso tener *la experiencia de kénosis*, de la humildad, de la fragilidad, de la pequeñez, como el grano de mostaza... Capaces de considerarnos dichosos con nuestro vaso de agua dado en el nombre de Jesús. El servicio por pequeño que sea, si es auténtico, es Redentor.

Por eso, como dice el Cardenal Rodríguez Maradiaga, Obispo de Honduras, *“la misión se funda en la pobreza y es llevada a cabo por hombres y mujeres que no tienen otros recursos para el anuncio del Evangelio que un corazón sincero, lleno de fe y esperanza, manos generosas para compartir y pies presurosos para transmitir con urgencia la Palabra del Señor, verdadero don de Dios para todos los pueblos”*.

En resumen: La figura de Francisco Javier, espíritu aventurero, que va a un mundo desconocido, que entusiasma, nos tiene que ayudar a abrir los horizontes de nuestra fe y de nuestra pastoral, los horizontes de la misión, una misión abierta al diálogo con los pobres, con las culturas y con las religiones. Hoy día el entusiasmo de la misión, la audacia, creo que tiene que estar puesto en la fe en Dios vivo, la fe en la oscuridad, sin saber bien el camino; sin dogmatismos, tampoco a nivel espiritual, descubriendo la verdad en el otro y junto al otro, y ello no implica perder nada de nuestra identidad. Es una aventura espiritual y ahí, puede estar el aliciente de la misión que entusiasme hoy. Salir de nuestro lugar espiritual. Somos portadores de un camino, no poseedores de la verdad absoluta. Si Dios es infinito, no lo podemos meter solamente en nuestros pobres parámetros católicos. Junto con otras personas, somos todos buscadores. Ahí es por donde puede ir el diálogo auténtico. Y creo que por ahí se está iniciando ya ese “nuevo paradigma de la misión” del que hablan los misionólogos (= ese nuevo marco de referencia, ese nuevo modelo...teológico y misionero).

En vísperas del Año Jubilar Javeriano, que da comienzo el próximo día 3 de diciembre, con esta aportación quisiera desear que este espíritu de Francisco Javier vaya tomando cuerpo en todos los miembros de la Iglesia de Coria-Cáceres; y que durante este Curso el Espíritu del Señor les inspire, les haga profundizar en la fe y les conceda un corazón misionero.